

LA JUVENTUD ILUSTRADA

de Fernando Arrabal

Personajes:

Una Jovencita

Un Jovencito

Una vieja

Un hombre

Decorado:

Un bosque con un arbusto en primer plano.

(El hombre está leyendo un libro cuyo título queda visible a los espectadores: Relatividad del tiempo. Cuando ve que se acercan El Jovencito y la Jovencita se oculta. El Jovencito y la Jovencita entran en escena. Saltan como si fueran presa de una excitación alegre e ingenua.)

Él: Eres bella, muy bella y yo te quiero.

Ella: ¿Me quieres?

Él: De tu boca se escapan innumerables frutos enmascarados que bailan a tu alrededor un vals-vacilación.

Ella: ¿Cómo son mis manos?

(Él pega su rostro al suelo y se cubre con la camisa.)

Él: Veo tus manos. Tienes dos manos derechas y tres izquierdas. Son blancas como seiscientas divinas comedias y tus dedos están constelados por minúsculas pistas de aterrizaje para helicópteros y ángeles exterminadores.

Ella: ¿Y mis pies?

Él: Tus pies vuelan como dos pájaros negros con los pies repletos de poemas.

Ella: ¿Qué es la felicidad?

Él: La felicidad eres tú.

Ella: ¿Quieres que te haga un regalo?

Él: Sí, hazme un regalo.

Ella: Cierra los ojos.

(Él cierra los ojos. Ella se viste de bailarina de lujo. Dice con un tono solemne):

Ella: Voy a bailar para ti que eres tan bello, que me gustaría plantar por tu cuerpo mil orquídeas. Abre los ojos.

(Él abre los ojos. Ella baila como una bailarina, pero con cierta torpeza.)

Ella: ¿Te ha gustado el regalo?

Él: Maravilloso. ¿Quieres que te haga yo otro?

Ella: Bueno. Cierro los ojos.

Él: No, no, mira. Nada por las manos.

(Hace una cabriola sin ninguna habilidad y se saca de la manga una cadena corta adornada con siete tréboles: Se arrodilla ante ella y se la pone ceremoniosamente por el tobillo. se cogen e inician unos pasos de danza. Juegan a saltar al burro.)

Él: ¿Quién es mi borriquito de velludas orejas y de dominios encantados?

Ella: Soy yo, soy yo, soy yo...

Él: ¿Quién es el duende que se planta en mi pecho, y mi pan de innumerables antorchas encendidas?

Ella: Yo, soy yo.

Él: ¿Quiénes son las hermanas siamesas inocentes y lascivas que me lo dan todo sin que yo mueva un solo dedo?

Ella: Yo, yo...

Él: ¿Quién es la mujer por mí inventada que se extiende en diluvio por mi espalda al desnudo?

Ella: Yo, yo...

(Siguen saltando al burro. De pronto Él se pone muy triste. Ella se ocupa de él con mucha ternura y soli-

itud.)

Él (con un tono inesperadamente brutal: Voy a atarte al arbusto.

Ella: No comiences, te lo ruego, haz un esfuerzo por dominarte; ya sabes lo que pasa siempre.

Él: He dicho que te iba a atar.

Ella: Eres como una abejita tierna y sin protección. Mira, tus ojos brillan como si se dispusieran a traicionar tus esperanzas. No seas malo.

Él: ¿Yo malo?

Ella: Domínate. No hables en ese tono.

Él: Me estás insultando. He dicho que te ataré y te ataré.

(Ella se coloca en el árbol. Él la ata. Ella llora.)

Él: ¡Estás llorando!

Ella: No.

Él: Sí, estás llorando.

Ella (con lágrimas en los ojos): Te digo que no.

Él: Sé por qué lo haces. Lo haces para hacerme sufrir.

Ella: Te quiero.

Él: Di que no soy cruel.

Ella: No eres cruel.

Él: Dilo mejor.

Ella: No eres cruel. Eres muy bueno. (Con un tono de convencimiento.) Me prometiste que construirías una roca, y luego un castillo sobre la roca, y que los dejarías flotar por los aires para que viviéramos solos, lejos de todo, ¿te acuerdas?

Él: Sí, me acuerdo.

Ella: La cadena me hace mucho daño, aflójala un poco, te lo ruego.

Él: Aún te atreves a quejarte.

(Se la aprieta todavía más.)

Ella: La has apretado aún más. Eres malo conmigo. Eres mi universo prohibido. Te quiero con locura, pero no me hagas sufrir. Puedes mostrarte muy bueno.

Él: Como... ¿Cómo que puedo...? Ya soy bueno.

Ella: Sí, lo eres.

Él: Siempre.

Ella: Siempre.

Él: Di que no te he hecho daño.

Ella: No me has hecho daño.

(Ella gime.)

Él: Entonces ¿de qué te quejas?

Ella: La cadena me aprieta mucho.

Él: ¿Te atreves a quejarte?

Ella: No.

Él: Si quisiera podría hacerte daño de verdad.

Ella: Sé que no lo harás, que eres bueno. Y sobre todo, no me frotarás con ortigas.

Él: ¿Qué has dicho?

Ella: Que no me frotarás con ortigas. Promételo.

Él (airado): Dame el pie.

Ella: Te lo suplico, sé bueno, no me hagas daño.

Él: He dicho que me des el pie.

Ella: Te quiero, te quiero con pasión. Cuando te miro me parece como si un saxofón en llamas se paseara por todo mi cuerpo.

Él: Dame el pie.

Ella: Toma.

(La descalza. Va por ortigas. No encuentra.)

Ella: ¿No encuentras ortigas?

Él: Dime dónde hay.

Ella: Allí, detrás de aquel macizo de hierbas.

(Vuelve con las ortigas.)

Ella: No, te lo ruego, sobre todo no me frotes los tobillos, es el lugar más sensible.

(Él le frota los tobillos. Ella llora, grita. El Hombre que estaba oculto sale de su escondite.)

El Hombre: Pero ¿qué es lo que hace? Deje tranquila a la muchacha.

Él: Y a usted quién...

(Él lo golpea con una piedra. El Hombre se desvanece. La luz se concentra en su rostro. El resto del escenario queda en la oscuridad. Larga pausa. Por fin El Hombre se despierta. El escenario se ilumina. El decorado es el mismo; pero parece como si varias decenas de años hubieran pasado desde entonces. El arbusto se ha convertido en un árbol. Entra una vieja vestida un poco como la jovencita (con los mismos colores, con el mismo corte de vestido), aunque con bastantes diferencias. La Vieja se dirige al árbol. Lo toca y lo examina con ternura. Lo mira desde todos los ángulos con inquietud. Advierte al Hombre.)

La Vieja: ¿Quiere hacerme un favor?

El Hombre: Dígame.

La Vieja: Átame a ese árbol.

El Hombre: Pero...

La Vieja: Se lo ruego...

El Hombre: ¿Es un juego?

La Vieja: Acepte, por favor.

(El hombre la ata.)

La Vieja: Más fuerte. Apriete aún más.

El Hombre: Le estoy haciendo daño.

La Vieja: No, no, más fuerte.

El Hombre: ¿Así?

La Vieja: ¿Quiere quitarme el zapato de la derecha?

(El Hombre lo hace?)

El Hombre: Lleva usted una cadena adornada con siete tréboles.

La Vieja: ¿Le gusta?

El Hombre: ¡Es curioso!

La Vieja: Le voy a pedir algo... Le pido que no me diga que no... mire, detrás de esos macizos de hierbas hay ortigas, arránquelas.

(Las arranca.)

La Vieja: Por favor, fróteme el pie desnudo con las ortigas.

El Hombre: Le voy a hacer sufrir.

La Vieja: Se lo ruego.

El Hombre (frotándola): Pero... está usted llorando.

La Vieja: No, no, usted siga.

El Hombre: Sí, usted está llorando.

La Vieja (muy lenta y sin gemir). Lloro porque hace sesenta años... Un jovencito... cuando lo miraba parecía como si un saxofón en llamas se paseara por todo mi cuerpo... me ató a este mismo árbol... y...

Telón

París, 1966.